



Fr. M. Padrez, OP
27/07/2021

Gracias, Hermanas, por su amable invitación y espero poder aportar algunas palabras en esta reunión de formadoras.

Quiero centrarme en tres aspectos de la Familia Dominicana que deberíamos transmitir a nuestros hermanos y hermanas más jóvenes de la familia dominicana. El primero es la confianza de nuestro Padre Santo Domingo, el espíritu de coraje (valentía) como Dominicos y finalmente, los votos como fuente de alegría.

Por supuesto, hay muchos otros aspectos en nuestra vida que debemos transmitir y enseñar a nuestros novicios y novicias, y a los frailes y hermanas de votos temporales, pero éstos son los pensamientos que han venido a mi mente con motivo del Jubileo del "Dies Natalis" de Santo Domingo.

La Confianza de Santo Domingo

Santo Domingo no fue un pesimista. Eso lo vemos muy claramente en su predicación contra los Albigenses, quienes creían que Dios no creó cosas materiales. Él vio el error de esa creencia y predicó lo opuesto: Dios nos creó tanto el cuerpo y como el alma. Dios no solo nos ha creado maravillosamente, sino que él nos redimió maravillosamente también, y de manera entera. Domingo, se aferró a esta noción en su predicación y en la Orden que fundó: podemos confiar en la persona humana gracias a nuestra confianza en Dios.

¿Cómo entendemos los Dominicos este concepto de confianza? ¿Cómo la transmitimos a nuestros hermanos y hermanas menores? Siguiendo los pasos de Santo Domingo, tenemos esperanza en el plan de Dios para cada dominico y confiamos en que Dios le ha llamado a la Orden por alguna razón. La Constitución fundamental de la Orden expresa muy bien esta esperanza:

"En virtud de la misma misión de la Orden, son afirmadas y promovidas de modo singular la responsabilidad y la gracia personal de los frailes. Cada uno, después de terminada la formación, es considerado como hombre maduro, puesto que enseña a otro hombre y asume múltiples funciones en la Orden." (Constitución Fundamental, § VI).

Un ejemplo alentador de esta confianza es que la Orden ha perdurado incluso cuando adaptamos nuestra forma de vida:

La finalidad fundamental de la Orden y el género de vida que de ella deriva conservan su valor en todos los tiempos de la Iglesia. En tales circunstancias, la Orden ha de

tener la fortaleza de ánimo de renovarse a sí misma y de adaptarse a ellas, discerniendo y probando lo que es bueno y provechoso en los anhelos de los hombres, y asimilándolo en la inmutable armonía de los elementos fundamentales de su propia vida. (Constitución fundamental § VIII)

Y podríamos preguntarnos aun, “¿Nos hemos adaptado lo suficiente, o ha sido demasiado?” Estas son preguntas que valdrían la pena hacernos, sin embargo, nuestra preocupación se difumina cuando vemos que el Espíritu Santo actúa en nosotros y en nuestros superiores. Esta confianza no es presuntuosa, es simplemente el reconocimiento de la primacía de la gracia de Dios. Esta gracia ofrece a la vida Dominicana un tipo de libertad que conduce al crecimiento y madurez de nuestro seguimiento a Jesucristo. Esta confianza es la que permitió predicar a los primeros frailes, y es la que nos motiva hoy también. Durante más de 800 años, la gracia nos ha impulsado a predicar porque queremos ayudar a otros a experimentar esta misma confianza en el plan de Dios para sus vidas. Especialmente la cultura de hoy necesita esta predicación debido a que existe una idea muy popular que se opone a esta noción de confianza: excesiva confianza en sí mismo. Ustedes pueden fácilmente encontrar esta idea en cualquier librería en la sección de autoayuda. “Solamente sé la mejor versión de ti que puedas ser, y eso es suficiente”.

El plan de Dios no es una superación superficial. La virtud no es su propia recompensa. Él no quiere que “decoremos” nuestra naturaleza como si pusiéramos la cubierta a un pastel. Al contrario, quiere elevar nuestra naturaleza, en última instancia, a la comunión con Él. Nuestra confianza en su plan no descansa en nosotros, sino en el poder de la gracia de Dios que obra dentro de nosotros (ver [Filp 4, 13](#); [2 Tim 1, 6 – 7](#)).

La excesiva confianza en sí mismos conduce a muchas personas a buscar hacia adentro al grado de perder de vista su fin: Dios. La confianza en nosotros mismos al margen de Dios, no es confianza. Irónicamente, cuando nos dedicamos a esta introspección sin Dios, no profundizamos lo suficiente. Por lo tanto, no aprovechamos la confianza de Santo Domingo. Dios, no solo tiene un plan para nosotros, sino que además Él habita en nuestras almas. Esta conciencia de la morada divina debería suscitar una esperanza profunda, con confianza y dolor al ver la manera tan pobre en que portamos su imagen.

Reconocer esta morada también arroja luz sobre un lema dominicano: *Contemplare et contemplata aliis tradere* (Contemplar y dar a los otros de lo contemplado). Esto se desprende perfectamente de la confianza de Santo Domingo. Él predicaba para la salvación de las almas porque reconocía a Aquel que habitaba en ellas. Contempló esta imagen divina presente en la persona humana, y predicó, con confianza, a Aquel que contemplaba. Encendió el mundo con esta verdad: “Estoy seguro de que Aquel que ha comenzado tan buena obra en ustedes, la llevará a término el día de Cristo Jesús” (Filp 1, 6).

Esta confianza es la fuente de nuestra pasión por predicar y servir... y justamente es esta confianza la que debemos transmitir a nuestros hermanos y hermanas menores.

El Espíritu de valentía de Santo Domingo

Yo sé que en Europa y en las diversas regiones en donde servimos, tenemos imágenes hermosas de Santo Domingo y su vida, pero hay un vitral que realmente me impactó en una mañana soleada particularmente brillante.

Ese día, por mañana, la luz del sol atravesaba ocho ventanas de vitral en la capilla del Priorato de la Inmaculada Concepción en Washington D.C. Estos vitrales narran la vida de Santo Domingo muy al estilo medieval: usando luz, pero no palabras. El número cuatro de esos vitrales engloba la *forma vitae* del Dominico. En él, Santo Domingo está dispersando a los hermanos, enviándolos desde la cuna de la Orden en el sur de Francia a los centros educativos de toda Europa. Los envía a *predicar*. Lo que ese vitral ilustra tan bien, sin embargo, es todo lo que precede a la predicación del fraile Dominico.

Hay un momento para todo... tiempo para estar en silencio, y tiempo para hablar. (Ec 3, 1a. 7b)

En esa ventana se representan catorce frailes. Ninguno de ellos está hablando. El contexto de la vida del fraile predicador es el *silencio*, la fuente de la santa predicación. "*Silentium est pater praedicatorum*" "El silencio es el padre de los predicadores". En el silencio es donde el Dominico escucha la voz de Dios. Este silencio se encuentra principalmente en nuestra comunidad, donde la oración, el estudio y la vida común nos capacitan para anunciar la Palabra a quienes están fuera de los muros de nuestros conventos y casas. La dispersión del Dominico comienza en el silencio de su comunidad.

El silencio es el elemento que nuestros jóvenes necesitan apreciar y saborear.

Después de esto, el Señor eligió a otros setenta y dos discípulos a quienes envió de dos en dos, delante de él, a todas las ciudades y lugares a donde debía ir. (Lc 10,1)

Los Dominicos son enviados por la Orden, pero no en misiones individuales. El Dominico no es un solista. Él es un hermano o hermana, (a *frater*, a *soror*) y esto significa que él o ella es, en relación con los otros. Santo Domingo estuvo siempre acompañado por uno o dos hermanos. Si andaban de viaje, predicaban juntos. Si estaban en casa, comían y oraban juntos. En el capítulo, admitían mutuamente sus faltas. Juntos iban detrás de las almas. Juntos buscaban la santidad.

En el centro de la escena del vitral de esta ventana, se encuentra un fraile de rodillas que besa la capa de Santo Domingo. Los primeros hermanos tenían devoción a nuestro Padre Santo Domingo. Y esta devoción continúa hasta hoy. Los Dominicos profesan obediencia a Santo Domingo. Oramos por su intercesión. El Dominico, con enorme confianza, acepta la misión y la forma de vida heredada de Santo Domingo.

La salvación y el cuidado de las almas depende de la predicación. Sin embargo, antes de la predicación viene el *envío*. Todo predicador debe ser enviado, porque “nadie puede darse así mismo el mandato y la misión de anunciar el Evangelio”. Cristo envió a sus Apóstoles a predicar (Lc 9, 1 – 2). Ellos, a su vez, enviaron a sus sucesores, los obispos. Y finalmente, los obispos comisionaron a otros también para predicar en su nombre. En la dispersión de 1217, Santo Domingo envió a sus hijos a predicar. Y esto continua hasta hoy a través de la Familia Dominicana. ¡Cada uno de nosotros es enviado a predicar!

Pero, ¿cómo invocarán al Señor sin haber creído en él? ¿Y cómo podrán creer en él si no han oído hablar de él? ¿Y cómo oirán si no hay quien lo proclame? ¿Y cómo lo proclamarán si no son enviados? Como dice la Escritura: “¡Qué hermosos los pies del mensajero que traen buenas noticias!” (Rom 10, 14 – 15)

¿Con qué autoridad Santo Domingo los envió? Sólo unos meses antes de la dispersión, el santo fundador había adquirido la revolucionaria bula papal de Honorio III en la cual le confería el título de “predicador” a todos los seguidores de esta empresa naciente de Domingo.

Por primera vez, en la Iglesia, la misión canónica sin la cual no hay, auténtico predicador del Evangelio ya no sería conferida por el obispo, sino la incorporación a una sociedad, explícitamente confirmada en esta función por el Papa.
(Henri Vicaire, Santo Domingo y su Época, pág. 224)

Según la *Leyenda* de Constantino de Orvieto, Domingo tuvo una visión de San Pedro y San Pablo mientras estaba en Roma para recibir ésta y otras bulas. En la visión, San Pedro le dio el báculo de un mensajero y San Pablo le dio un libro que simbolizaba la doctrina. Le dijeron: “¡Ve y predica!”. La ventana de la capilla une la letra de la bula de Honorio con el espíritu de la visión de Santo Domingo. Domingo ya no lleva consigo el bastón y el libro. Los ha entregado ahora a sus hijos, quienes irán por el mundo y ofrecerán una predicación sólida a las almas.

La *forma vitae* de los Dominicos da lugar a la predicación Dominicana. Que proviene del silencio, en fraternidad y sororidad, y con devoción a nuestro Padre Santo Domingo; el Dominico es enviado a ser un predicador de la Palabra.

En silencio y en comunidad, como hermanos y hermanas, recibimos y maduramos el valor de predicar.

Votos de alegría

Cuando profesamos los votos en la Orden, se nos pregunta, creo que esto también aplica para las Hermanas de vida apostólica, “¿Qué buscas?” El Señor nos asegura que, si buscamos, encontraremos: La misericordia de Dios y la misericordia de los hermanos y hermanas.

Supongo que ambas se dan, pero que se necesita tiempo para penetrar en la profundidad de esa misericordia, hacerla nuestra de tal manera que nosotros también

seamos compasivos y misericordiosos. También nos comprometemos a buscar formas de llevar esta misericordia a los demás. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia.

Es muy raro pedir misericordia y perdón en público, particularmente cuando no eres consciente de haber hecho algo mal, o de haber fallado de una manera tan obvia. Cuando la pedimos, hacemos una profesión pública no sólo de que necesitamos misericordia, sino también de que la deseamos de todo corazón. Anhelamos estar rodeados de misericordia como si fuera el aire que respiramos.

Al pedir la misericordia de Dios, también estamos confesando que se nos traerá en una forma de vida muy particular. Al ser miembros de la Orden de Predicadores, creemos que llegaremos a conocer la misericordia de Dios. La experiencia y la certeza de la misericordia de Dios se darán en el contexto de una tradición particular dentro de la Iglesia, la Dominicana. La misericordia de Dios, siempre fiel, siempre segura, se comunicará a través de un grupo de personas cuya misericordia no siempre es tan segura y que, a causa del pecado humano, no siempre son tan misericordiosas como podrían o deberían serlo.

Pero eso es cierto para todo grupo religioso, todos en mayor o menor grado, estamos marcados por el fracaso humano, por la mezquindad, por el egoísmo, por el rencor, por la falta de imaginación, por la falta de esperanza y de visión.

Cuando se fundó la Orden, se le encomendó la labor de predicar la remisión de los pecados, para la salvación de las almas. Sería un instrumento del perdón divino. A la familia Dominicana también se le perdonarían sus propios pecados por trabajo de la predicación. No predicamos porque seamos santos, predicamos para llegar a ser santos, nos convertimos por **la Palabra que predicamos.**

De esta manera, la Orden es un espacio de conversión. Cuando hacemos nuestro voto de permanecer en ella, abrimos nuestros corazones para ser trabajados por la despiadada y amorosa gracia de Dios, y así son arados y plantados... en ellos Él siembra, y de ellos Él cosecha.

Diariamente el predicador es confrontado por la palabra que predica, esa Palabra, que, con toda su verdad y belleza, penetra más finamente que cualquier espada de doble filo, sondeando y exponiendo todas aquellas áreas de nuestra vida que, en nuestra ansiedad y vergüenza, mantenemos ocultas unos de los otros, pero que jamás podremos esconder del glorioso escrutinio de la verdad de Dios.

En cierto modo, la pregunta es un poco capciosa, aunque parezca sencilla: "¿Qué buscas?" A menudo nos imaginamos que somos los intrépidos exploradores espirituales que van valientemente en busca del Dios escondido. Esto es entender las cosas al revés. ¿Por qué buscamos a Dios? ¿Es porque está perdido? Dios, en su misterio, es eterno, nunca cambia, siempre presente, siempre nuevo. Si Dios no está perdido, entonces debemos ser nosotros los que estamos perdidos.

Cualquier vocación, pero especialmente la vocación religiosa, es la experiencia de ser encontrados por Dios y ubicados por Él. Cuando nos hacemos mayores, nos damos

cuenta de que muchas veces perdemos cosas, a veces bastante importantes, y siempre en el momento menos oportuno; por ejemplo, perder las llaves del carro o nuestro pasaporte, justo cuando nos encontramos a punto de comenzar un viaje importante. Hablamos también muchas veces de las ocasiones en que esas cosas desaparecen milagrosamente. Sabemos que las cosas no desaparecen, algunas veces están delante de nuestras narices, son evidentes, pero no las podemos ver porque están en el lugar equivocado, están en el contexto equivocado.

De la misma manera, podemos pasar junto a personas que conocemos bastante bien sin reconocerlas, porque no se encuentran en su entorno habitual. Lo mismo ocurre con las cosas y las personas perdidas: ellas están allí, pero en el lugar equivocado. Por eso, para que tengan sentido y puedan crecer y florecer, hay que ponerlas en el lugar adecuado. No somos nosotros quienes buscamos a Dios, sino que es Él quien nos busca, nos encuentra y nos ubica correctamente.

Santa Catalina de Siena habla de la Orden como el jardín. Es, en cierto sentido, como un anticipo del jardín del paraíso. Por eso es que tenemos una vida con votos, o tratamos por lo menos de vivir los votos en nuestra vida. Esto no quiere decir que los votos sean nuestro pasaporte al paraíso, tampoco creemos que, si nos concentramos en conservarlos excluyendo todo lo demás, entonces seremos dignos de gloria.

Nuestra vida religiosa, no es nuestra propia obra de arte, para que ésta tenga valor deber ser creación de Dios. Los votos tienen su sentido en cuando que nos permiten hacer un espacio para que la gracia de Dios actúe en la individualidad de nuestras biografías personales, transformándolas desde dentro, abriéndolas a una potencialidad mayor de la que hubiera sido posible de otro modo.

Cuando los vivimos al máximo, nos dedicamos entonces a llevar una vida bastante despejada, una vida espaciosa. Nuestras vidas necesitan ser espaciosas porque ellas son también puntos de encuentro, de reunión. Si vamos a ser instrumentos de la misericordia del Señor, entonces los otros se encontrarán con Él a través de nosotros. Es el Señor quien recibe al viajero, es el Señor quien ofrece descanso, y es en la posada de nuestra propia vida, como en la posada del Buen Samaritano, que Él ofrece ese descanso y esa sanación que es la experiencia de la misericordia. Nuestros votos no nos separan del pueblo de Dios, nos acercan a él, son la carta de bienvenida a todos los que buscan a Dios genuinamente y se acercan a Él a través de nosotros.

Es Dios quien nos encuentra. “¿Qué buscas?” Tú y yo respondemos de manera indirecta: "Dios". No lo estarías buscando a menos que ya lo hubieras encontrado, o más bien si Él no te hubiera encontrado y colocado en este jardín Dominicano donde puedes unirte a todas las demás flores y plantas exquisitas y exóticas. La conversión es esa experiencia de dejarnos encontrar por Dios.

Santa Catalina dice que el jardín de Santo Domingo es amplio, generoso y dulce. Es un jardín espacioso. El jardín del paraíso fue el lugar donde Adán y Eva, en su inocencia, caminaban y hablaban con Dios. También fue el lugar donde por primera vez intentaron esconderse de Dios, porque sabían que estaban desnudos, vulnerables, indefensos. Intentaron esconderse y cubrirse.

Hacer un voto es descubrirse, hacerse vulnerable, es ofrecer lo máspreciado, nuestra propia protección y seguridad, nuestra propia vida a Él, quien nos la dio y es quien la nutre y la cuida. Los votos son la ofrenda de nuestra vida a Aquel quien es el autor de toda vida, a fin de que Él mismo pueda llevar esta vida a otros a través de nuestra ofrenda.

Se supone que un jardín es para deleitarse. Está llamado a ser un lugar de placer y un lugar de encuentro, un deleite compartido. Al leer las Vidas de los Hermanos, y después de haber vivido esta vida durante treinta y cuatro años, siempre me impresiona la calidad particular de la alegría dominicana. Santa Catalina dice que el jardín de Santo Domingo está marcado por su diversidad. Dios podría habernos creado de tal manera que todos tuviéramos todo, pero prefirió dar diferentes dones a diferentes personas, para que todos se necesitaran mutuamente.

No te estás uniendo a una institución uniforme y monocromática, sino a un jardín lleno de flores y plantas exquisitas y exóticas, hogar de muchas aves raras del paraíso. Catalina comparte el deleite del Señor en la diversidad de lo que Él ha creado. Dios vio todo lo que había hecho y vio que era bueno. La sencillez divina emerge en la complejidad de la diversidad. Dios se deleita en la complejidad humana, en la diferencia. Así que, nosotros también deberíamos deleitarnos en ella.

La única razón para permanecer en esta vida es si te hace feliz. Cuando le preguntaron al padre Bede Jarrett, el famoso dominico inglés, por qué se unió a la Orden, siempre respondió porque yo quería, y cuando le preguntaron por qué permanecía en ella, dijo que le traía felicidad. Nuestras vidas deben estar marcadas por la alegría.

Se cuenta una historia acerca del Beato Jordán de Sajonia que cuando iba con una multitud de frailes a un Capítulo General en París, envió a los hermanos a pedir comida, y les pidió que se reunieran en cierto manantial cercano. Ellos regresaron trayendo una pequeña cantidad de pan ordinario, que difícilmente sería suficiente para cuatro personas. Jordán estalló en un canto de alegría y alabanza y animó a los hermanos a hacer lo mismo a través de su palabra y ejemplo.

Una mujer del barrio los vio y se escandalizó. Les dijo: "Si son religiosos, ¿por qué se alegran así tan temprano?". Pero cuando se enteró de que era por falta de pan por lo que se regocijaban en el Señor, por cuya causa habían elegido ser pobres, corrió a su casa y les llevó pan, vino y queso, encomendándose a sus oraciones.

Los votos están destinados a despejar el espacio para que la alegría nos posea. El Señor quiere apóstoles alegres, no siervos antipáticos. Debemos enseñar a nuestros novicios y profesos temporales que si Dios los ha encontrado y colocado en el jardín de Santo Domingo, eso es motivo de alegría. Ésta es la alegría que queremos ver en aquellos que formamos y preparamos para la misión de la predicación y el servicio como Dominicos.